

VIGESIMA CARTA PASTORAL

QUE DIRIGE EL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR

DON PEDRO RAFAEL GONZÁLEZ CALISTO

Á TODOS LOS FIELES DE LA ARQUIDIÓCESIS

CON OCASIÓN DE SU VIAJE Á ROMA



Quito, 13 de Abril de 1899

IMPRESA DEL CLERO

Nos, Dr. Pedro Rafael González C.

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA,
ARZOBISPO DE QUITO, &




AL VENERABLE CLERO SECULAR, AL REGULAR Y Á
TODOS LOS FIELES DE NUESTRA ARQUIDIÓCESIS:

SALUD Y BENDICIÓN EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Positis genibus suis, orabit
cum omnibus illis.*

Púsose Pablo de rodillas, é
hizo oración con todos ellos.—
Hechos apostólicos, c. XX, v. 36.

Venerables Hermanos y muy queridos Hijos:

ONMOVEDORA en sumo grado es la escena que nos presenta el libro divino que acabamos de citar, al describirnos la despedida que el grande Apóstol de las Gentes hizo de las primitivas iglesias de Macedonia y Grecia, de Tróade y Mileto, en su postrer viaje á Jerusalén. Había recorrido el Santo Apóstol todas aquellas regiones asiáticas, estableciendo en ellos el imperio de la fe; y así que llegó á Mileto, envió á llamar á los presbíteros de la Iglesia de Efeso. Venidos que fueron, y estando todos juntos, dirigióles el siguiente patético discurso.

“Bien sabéis de qué manera me he portado
“todo el tiempo que he estado con vosotros, sir-
“viendo al Señor con toda humildad y entre lá-
“grimas, en medio de tantas y tantas adversida-
“des como me han sobrevenido. Nada de cuan-
“to os era provechoso he dejado de anunciároslo
“y enseñároslo ya en público, ya en privado;
“exhortando en particular á los judíos y gentiles
“á convertirse á Dios y á creer sinceramente en
“Nuestro Señor Jesucristo. Hoy un impulso del
“Espíritu de Dios me lleva á Jerusalén, sin saber
“las cosas que me han de acontecer allí. Sola-
“mente puedo deciros que el mismo Espíritu de
“Dios en todas las ciudades me asegura y avisa
“que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribu-
“laciones: pero yo ninguna de estas cosas temo;
“ni aprecio más mi vida que á mi alma, siempre
“que de esta suerte concluya felizmente mi carre-
“ra, y cumpla el ministerio que he recibido del
“Señor Jesús, para predicar el Evangelio de la
“gracia de Dios. Ahora bien, yo sé que ninguno
“de todos vosotros me volverá á ver. Por tanto,
“os protesto en este día que yo no tengo la culpa
“de la perdición de ninguno, pues que no he deja-
“do de intimaros todos los designios de Dios.
“Velad sobre vosotros y sobre toda la grey: por-
“que sé que después de mi partida os han de asal-
“tar lobos voraces, que destrocen el rebaño. De
“entre vosotros mismos se levantarán hombres
“que sembrarán doctrinas perversas con el fin de
“atraerse á sí discípulos. Por tanto estad alerta,
“teniendo en la memoria que yo no he cesado ni
“de día ni de noche de amonestar con lágrimas á
“cada uno de vosotros. Y ahora por último, os
“encomiendo á Dios y á la promesa de su gracia,
“á aquel que puede acabar el edificio de vuestra

“salud, y haceros participar de su herencia con todos los santos....”

Concluído este razonamiento, se puso de rodillas é hizo oración con todos ellos. Y aquí comenzaron todos á deshacerse en lágrimas: y arrojándose al cuello de Pablo no cesaban de besarle, afligidos sobre todo por aquella palabra que había dicho, que ya no verían más su rostro. Y de esta manera le fueron acompañando hasta la nave.

Venerables Hermanos y queridos Hijos, lejos, muy lejos estamos Nos de la sabiduría, santidad, celo y fortaleza del grande Apóstol de las Gentes: mas, á pesar de nuestra falta de merecimientos (la cual somos los primeros en reconocer); sin embargo somos vuestro Pastor y Padre; y las circunstancias en que os dirigimos esta nuestra Carta Pastoral, justificarán en vuestro concepto la alusión que en ella hacemos al cuadro encantador y al magnífico discurso de San Pablo en su último viaje de Mileto á Jerusalén.

También Nos debemos en breve partir á Roma; y no es justo alejarnos de vosotros sin daros un adiós, arrancado de lo más íntimo del alma. No merecemos que nos acompañéis llorando hasta la nave; pero vosotros sois muy acreedores á toda la efusión de nuestro amor en el adiós y bendición que os damos. Ciertamente no nos esperan en Roma las cadenas y tribulaciones que á Pablo en Jerusalén; pero nos lleva á Roma la voz misma del Espíritu Santo, cuya boca es el Supremo Jerarca de la Iglesia, el Príncipe de los Obispos, el heredero de los Apóstoles, en el primado Abel, en el gobierno Noé, en el patriarcado Abraham, en el orden Melquisedec, en la dignidad

Aarón, en la autoridad Moisés, en la judicatura Samuel, en la potestad Pedro, en la unión Cristo... y en las agonías del siglo XIX....
¡León XIII!

Sí: este sabio y gloriosísimo Pontífice ha concebido en su mente la idea grande, como todas las suyas, de la celebración, por vez primera, de un Concilio Plenario de la América latina, compuesto de todos sus Prelados, Arzobispos y Obispos, con el objeto de salvar en estos países católicos la unidad de la disciplina eclesiástica; de depurar las costumbres dignas del nombre cristiano, y de hacer que, mediante el esfuerzo común y concorde de todos los buenos, florezca públicamente la Iglesia en todas partes. La sola enunciación de esta grandiosa idea os debe persuadir, Venerables Hermanos, y queridos Hijos, de que sólo el Padre Santo está en el secreto de la salvación del mundo, y sólo la Iglesia de Jesucristo puede llevarla al cabo. Lejos de la Cátedra Pontificia y fuera de la bienhechora influencia de la Iglesia, piérdense las naciones por la división de los ánimos, por la anarquía de los pensamientos, por la discordia de las voluntades, por la conflagración de las pasiones, por la libertad de la blasfemia, por el escándalo de las apostasías. La Cátedra de San Pedro en Roma es, en medio de tan graves males, el áncora de la esperanza. Sostenida ella por la diestra del Todopoderoso, es el asiento incommovible de un Venerable Anciano desde cuya augusta frente reparte el Sol Divino de Justicia mil y mil apacibles rayos de Verdad y Amor, que al través de los siglos llevan por todo el mundo redimido luz y calor, fecundidad y vida, resurrección y gloria.

Vamos, pues, á Roma con todos los sabios y

virtuosos prelados de la América latina, para rendir á ese Venerable Anciano nuestros cayados, besarle el pie, y recibir de sus ojos luz, de su boca consuelos, de su pecho aliento, de su diestra bendiciones para Nos y para todos vosotros. Vamos á Roma, á esa Ciudad Eterna, donde pasamos los años de nuestra juventud preparándonos para el sublime ministerio sacerdotal, á que el Señor se dignó elevarnos sin mérito, y donde por vez primera cúponos la dicha de inmolar, en sacrificio incruento, la Hostia Santa, sobre el sepulcro mismo de los Bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo. Vamos á Roma en cumplimiento del deber que nos impone nuestro cargo pastoral de hacer una visita *ad limina Apostolorum*.

Fácilmente comprendéis, Venerables Hermanos y queridos Hijos, que si se considera el objeto y el término de nuestro viaje, no puede éste menos de sernos por todo extremo grato, consolador y honroso: mas si se atiende al término y lugar de donde partimos, no se puede dudar que el mismo viaje nos impone un sacrificio. Siempre es amarga y dolorosa la ausencia y separación de lo que mucho se ama: y aunque Nos no podemos asegurarnos que ya no nos volveremos á ver en esta peregrinación, como lo aseguró San Pablo al clero de Efeso en Mileto; sin embargo lo porvenir es muy incierto y los juicios de Dios un abismo sin fondo: *timidae et incertae cogitationes nostrae. . . . Iudicia Dei abyssus multa. . . .*

Nuestros mayores, en todo más reflexivos y sesudos que nosotros, al emprender un viaje largo, hacían testamento y daban sus encargos ó recomendaciones á los suyos. Antes de daros nuestro adiós, queremos hacer lo propio con todos vosotros.

Venerables Hermanos y queridos Hijos! Perdido hemos el mayor bien de la vida social; perdido hemos la paz. . . . ¿dónde está élla? ¿qué se hizo? *Pax est ordo tranquillus; pax est secunda libertas.* Orden tranquilo, libertad segura, eso es la paz. Ahora bien, cualquiera de estos dos conceptos que aceptemos de la paz nos manifiesta que en la vida social dos son los elementos esenciales de la paz: la unidad de los pensamientos y la concordia de las voluntades. En el orden objetivo de las cosas la unidad de los pensamientos nace de la Verdad absoluta en sus relaciones con la inteligencia humana; y la concordia de las voluntades consiste en el amor común del Bien igualmente absoluto en sus relaciones con la libertad. Verdad absoluta y Bien sumo imponen al hombre Fe y Caridad. Estas dos hijas del cielo, trajeron á la tierra á su hermana la Paz, coronada de olivas para que derramara, sonriente y generosa, las flores y frutos de su cornucopia en los pueblos amamantados á los pechos de la Iglesia. Fuera de la Iglesia no hay, ni puede haber paz en el mundo. Solamente cuando vino el Mesías prometido, bajaron los ángeles del cielo para cantar en la tierra el himno de la paz — *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis*: mas cuando Jerusalén sacrificó á Cristo en el Calvario, entonces no quedó en aquella ciudad desventurada, piedra sobre piedra. ¡Ay de los pueblos católicos que prevalecen! ¡Ay de tantas naciones antes grandes y prósperas; hoy empedregadas y miserables!

Salvemos, pues, Venerables Hermanos y queridos Hijos, nuestra fe: la fe de nuestros abuelos, la fe de nuestras madres, de nuestro bautismo, de nuestro símbolo, de nuestra educación prime-

ra, de nuestra juventud. . . . la fe de nuestra Azucena de Quito, de nuestra santa y pura doncella Mariana de Jesús. Salvemos nuestra fe, en toda su inmaculada pureza é integridad; no consintamos jamás en ninguna de sus infelices adulteraciones ó mutilaciones. Fe entregada á los delirios de la razón individual, á los caprichos del examen privado, á la violencia de pasiones sin freno, á la predicación furtiva y clandestina de un apostolado sin misión ni credenciales. . . . no es fe católica, no es la nuestra. Nuestra fe es la fe de diez y nueve siglos, la fe del Cenáculo, de la Iglesia universal; la fe informada y vivificada por la caridad. Esa fe heroica y gloriosísima con la cual los sinceros adoradores de Cristo sojuzgaron reinos, obraron justicia, alcanzaron el fruto de las divinas promesas, taparon las bocas á los leones, mataron el ímpetu del fuego, evitaron filo de cuchillo, convalecieron de enfermedades, fueron hechos fuertes en batallas, trastornaron campos de enemigos extraños. Esa fe paciente y sufrida, con la cual unos arrastraron escarnios y azotes, cárceles y cadenas; otros fueron apedreados, otros cortados en piezas, otros tentados, otros muertos á cuchillo, otros anduvieron de acá para allá, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, menesterosos, angustiados, maltratados: de los cuales el mundo no era digno: perdidos por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra.

Salvemos esta fe tan rica y santa: sea ella sol perpetuo en todos nuestros ecuatoriales horizontes. Y pues en la naturaleza el sol reparte luz y calor; difunda también entre nosotros el sol de nuestra fe, con los rayos de claridad divina, los ardores de la caridad santa. La cifra del

cristianismo es la caridad. Nuestro Supremo Legislador es Dios; y Dios es caridad.—*Deus charitas est.*—Nuestra moral es la ley evangélica; y la plenitud de la ley es el amor.—*Plenitudo legis est dilectio.*—Nuestra perfección es el complejo de todas las virtudes; y la caridad es el lazo que las estrecha á todas—*Super omnia charitatem habete, quod est vinculum perfectionis.* Hoy cuando, para desdicha y ruina de los pueblos, vemos con dolor cumplida la predicción del Salvador del mundo—*refrigescet charitas multorum*, se resfriará la caridad de muchos—; hoy es precisamente cuando todos los hijos del pueblo consagrado al Corazón del Hombre-Dios deben esforzarse, con el auxilio de la divina gracia, á elevar la caridad cristiana á su más sublime y heroica perfección, que consiste en dos cosas: en amar cada cual á Dios hasta aborrecerse cada cual á sí mismo; y en amar cada cual á Dios, hasta amar cada cual á sus enemigos y perdonarles de todo corazón. Venerables Hermanos y queridos Hijos, si vuestra caridad sube á este punto, ella será paciente y benigna; no será envidiosa, ni obrará precipitadamente, no se ensorberá ni se dejará arrastrar de la ambición; no buscará sus provechos, no se moverá á ira, no pensará mal, no se gozará de la iniquidad, sino de la verdad: lo sobrellevará todo, lo esperará todo, lo soportará todo. La caridad es inmortal. Aunque se hayan de acabar las profecías, y cesar las lenguas, y ser destruída la ciencia, la caridad sobrevive á toda destrucción y ruina. Amemos á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos. Fe y caridad. . . . he aquí nuestra última palabra. . . .

Al Apóstol San Pablo, después de su elocuente é inspirado discurso de despedida en Mileto,

púsose de rodillas é hizo oración con todos los circunstantes: *positis genibus suis, oravit cum omnibus illis*. Tal Nosotros, antes de daros nuestro adiós y nuestra pastoral bendición, Nos postramos, con toda humildad, en el divino acatamiento, y elevamos, en medio de vosotros, fervientes plegarias al cielo por la paz y prosperidad de la Nación, por la tranquilidad y ventura de los hogares, por la moralización del pueblo y santificación del individuo, por el Clero secular y regular, por todas las órdenes religiosas y, en fin, por todos los intereses de la Iglesia en nuestra muy amada República del Ecuador. Vosotros, en retorno, encomendaréis también á Dios á vuestro Pastor y Padre, á fin de que llegue incólume á la Ciudad Eterna, y, si es gloria del Señor, traiga de ella, con la bendición del Vicario de Jesucristo, las gracias celestiales que necesitamos para afianzar entre nosotros el imperio de la Fe y de la Caridad, base incommovible de una paz fecunda y bienhechora.

Entre tanto os recomendamos muy instantemente la más puntual y religiosa obediencia á quien queda haciendo nuestras veces en el gobierno eclesiástico; y disponemos que desde el día de nuestra salida hasta fines de Mayo, en que probablemente llegaremos á Roma, todos los sacerdotes, en el santo sacrificio de la Misa, rezen la oración *pro peregrinantibus vel iter agentibus* que se la tendrá imperada como *pro re gravi*. Desde el 1º de Junio se rezará la oración del Espíritu Santo.

Adiós, pues, Venerables Hermanos y muy queridos Hijos: recibid todos la bendición que os damos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.—Amén.

¡Compadézcase el Señor de nosotros y oiga benigno nuestra última palabra—*Pax vobis*—!

Léase esta Pastoral en todas las iglesias de la Arquidiócesis, en el primer día festivo después de recibida por los Rectores respectivos, cuando hubiere mayor concurso de fieles.

Dada en Quito, á 13 de Abril de 1899.

✠ PEDRO RAFAEL,
ARZOBISPO DE QUITO.

J. Alejandro López,
Secretario.

